

¿Es necesaria una poesía específica para niños?

Miquel Desclot*



FERNANDO GÓMEZ, ¿QUÉ ESTÁ BIEN Y QUÉ ESTÁ MAL?, HIPERIÓN, 1999.

No existe en nuestro país una literatura poética para niños que sustituya a la poesía de herencia oral a diferencia de lo que ocurre en los países nórdicos o en la cultura anglosajona, donde los poetas juzgan como lo más natural del mundo dirigirse de vez en cuando a los niños. No obstante, tenemos un buen caudal tradicional y algunos buenos autores que han abierto camino.

ba a decir, movido por el entusiasmo, que la poesía es la primera de las artes con que se relaciona el niño. Sin embargo, en rigor, hay que decir que hasta ayer mismo la poesía *era*, junto a la música, la primera de las artes con que se relacionaba el niño. Ya antes de hablar, incluso antes de saber distinguir las imágenes, los bebés han oído durante siglos las canciones de cuna que les cantaban sus madres, sus abuelas o sus nodrizas. Durante el día, aquellos mismos bebés desdentados, acurrucados en algún regazo acogedor, se reían con las cantinelas de múltiples juegos y mimos tradicionales, que los abuelos prodigaban con ancestral sabiduría. Con los primeros balbuceos llegaban las primeras canciones para sus torpes labios, y con los primeros juegos, los primeros tonillos para ritmar sus actividades de cachorro. La canción tradicional ofrecía opciones para todas las circunstancias —con una calidad poética y musical para todos los gustos y para todos los disgustos, por supuesto—, de modo que el adolescente llegaba a la edad adulta sin perder el contacto cotidiano con el lenguaje ritmado de la canción, ya viviera en un entorno rural o en uno urbano.

Nos falta una literatura poética para niños

Pero todo eso, como digo, pasaba hasta hace poco tiempo. Los cambios so-

cioeconómicos de nuestra sociedad occidental moderna han cortado de raíz aquella vía de comunicación a través de las formas más elementales del lenguaje poético que fue la venerable tradición oral. A pesar de todo, las guarderías, los parvularios y las escuelas se han afanado, con buen tino, por conservar lo que han podido de aquel legado tradicional que familiarizaba al niño con la poesía oral. Pero la verdad es que una vez se alejan de las aulas de párvulos, nuestros niños van perdiendo gradualmente toda vinculación con aquel lenguaje que han usado durante un período tan breve. Ni en la escuela ni fuera de ella encuentran ningún equivalente que pueda sustituir la función de aquellas canciones de nuestros abuelos. Cuando, ya adolescentes, tengan edad para poder disfrutar de la tradición escrita de Verdaguer, de Carner, o de Foix, de Juan Ramón, de Cernuda o de Guillén, el lenguaje poético será para ellos poco menos que una curiosidad de museo equiparable al esperanto o a la escritura cuneiforme. De modo que hemos perdido lo que la tradición oral brindaba a todo el mundo indistintamente, pero a cambio no hemos ganado ningún

equivalente a través de la tradición escrita que sólo llega a unos cuantos.

A pesar de todo, los niños siguen siendo por naturaleza muy receptivos al lenguaje poético. El problema estriba en la forma de alimentar esa receptividad, porque el caso es que entre las cancioncillas del parvulario y las poesías de *Sol i de dol* o de *La realidad y el deseo* se abre un abismo demasiado ancho para cruzarlo de un salto. Algunos maestros han hecho el loable esfuerzo de reunir poemas sueltos o estrofas sueltas de «poesía adulta» que los niños pueden comprender, pero ya se adivina que esto no puede ser más que un remiendo provisional. El problema central está, en definitiva, en que no existe entre nosotros una literatura poética para niños. A diferencia de lo que ocurre a orillas de nuestro racional Mediterráneo, en los países nórdicos los poetas juzgan como lo más natural del mundo dirigirse de vez en cuando a los niños. El caso de la poesía inglesa es, sin duda, el más conocido: desde Robert L. Stevenson y Lewis Carroll hasta Ted Hughes, pasando por Walter de la Mare o T. S. Eliot, por no hablar de autores menos conocidos fuera del mundo anglosajón como Ed-

ward Lear o A. A. Milne, los niños de lengua inglesa tienen un *corpus* poético donde elegir, donde divertirse y jugar, donde sonreír y maravillarse. A su vez, los niños de lengua alemana disponen de versos de primeras plumas como Christian Morgenstern, Frank Wedekind, Bertolt Brecht o Hans Magnus Enzensberger. Lo mismo podríamos decir de las literaturas escandinavas o de las eslavas. Entre nosotros, en cambio, las cosas andan, o no andan, por caminos muy distintos. En la literatura catalana las escasas primeras plumas que han dejado versos para la infancia, como Carner, Manent o Martí i Pol, no consiguen sumar, entre todos, ni cinco docenas de brevísimos poemillas. Y la poesía castellana no está, en proporción, mejor dotada que la nuestra: el minúsculo puñado de poesías de Lorca no son suficientes para cubrir el clamoroso vacío. Siento tener que reconocer que no sé cómo está el tema en las literaturas vasca y gallega, pero mucho me temo que no estará sustancialmente mejor.



FERNANDO GÓMEZ, ¿QUÉ ESTÁ BIEN Y QUÉ ESTÁ MAL?, HIPERIÓN, 1999.



FERNANDO GÓMEZ, DISPARATARIO, HIPERIÓN, 2001.

Los poetas a menudo nos asombramos ingenuamente de la creciente falta de lectores de nuestro género, pero la verdad es que tampoco hacemos mucho para contribuir a la educación poética de quienes con el tiempo podrían llegar a ser buenos lectores de poesía. Y ésta es una labor que sólo pueden emprender los poetas, no los maestros voluntariosos ni las abuelitas entusiastas, porque en definitiva se trata de ofrecer a los niños poesía de la misma calidad por lo menos que la poesía que se ofrece a los adultos. Y aun me atrevería a añadir que ésta es una labor urgente: en una sociedad como la nuestra, en la que se ha querido olvidar que una palabra vale más que mil imágenes, la tarea de recuperar la sensibilidad por aquello que desde los cimientos nos hace personas no es ninguna bagatela.

Desde muy pequeños, como decía, los futuros adultos tienen un oído finísimo para la poesía. Saber aprovechar esa potencialidad inicial no precisa muchas penderías pedagógicas ni estudiadas recetas didácticas. Lo único que de veras es preciso es encontrar la poesía que pue-

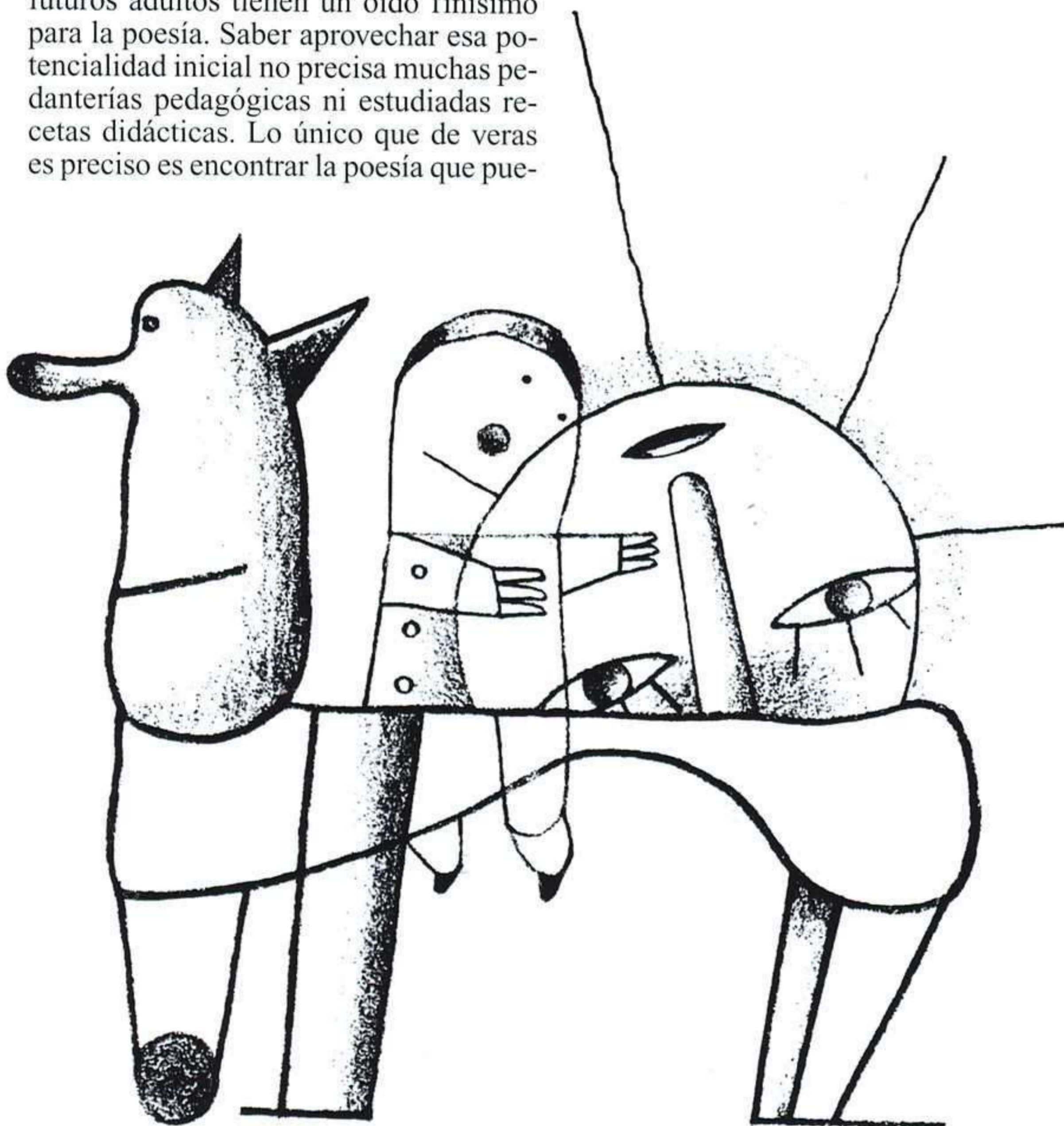
da resonar en esos oídos y dejar algún rastro en ellos (y, claro está, unos maestros, y unos padres, que no se interpongan como un obstáculo insalvable).

En sustitución de la poesía de herencia oral

Pero ¿dónde vamos a encontrar esta poesía? ¿Existe realmente una poesía para niños? Mi tesis es que, aunque entre nosotros no esté muy representado, sí existe un género poético específicamente dirigido a los niños y claramente nacido para sustituir la perdida poesía de herencia oral. Llamémosla «poesía infantil» (entre paréntesis: me niego a añadirle «juvenil», porque creo firmemente que la llamada literatura juvenil es una descomunal falacia maquinada por la in-

saciable industria editorial). Poesía infantil, pues, no sería la poesía escrita por los niños, sino la poesía escrita para los niños. Poesía escrita por escritores profesionales, sean «especialistas» en literatura infantil o simplemente escritores sin adjetivo que también escriben para niños. La poesía infantil es, por consiguiente, un género poético como cualquier otro, con la misma dignidad y el mismo rigor artístico que los demás. Que una obra de este género sea una pieza maestra o un bodrio deleznable depende exclusivamente de la pericia y la calidad del autor, nunca de una presunta bondad o maldad del género. El hecho execrable de que unos cuantos escritores mediocres, que han fracasado en la literatura digamos adulta, se refugien de vez en cuando en la literatura infantil, con resultados tan insatisfactorios como en sus fracasos con los adultos, no debería empañar la dignidad esencial del género.

Antes de seguir adelante habría que matizar el alcance del término *poesía* en este género infantil. Porque si en la literatura para adultos equivale hoy casi exclusivamente al concepto de poesía lírica, en la literatura para niños la poesía lírica tiene un papel más bien secundario, pues lo que prevalece en la poesía infantil es el aspecto lúdico, es decir el juego verbal, que se manifiesta en la exacerbación de la fantasía fonética, sintáctica y semántica. Un juego que, a pesar de su gratuidad desinteresada, no impide la aparición de un aspecto más «utilitario», de tipo didáctico, que comentaré más adelante. En definitiva, pues, la poesía infantil responde perfectamente a las características básicas, *dulce et utile*, que ya el venerable Horacio discernía para la poesía sin adjetivos. En suma, pues, podríamos decir de forma más llana y carente de pretensión que poesía infantil es un género literario en verso para uso de los niños. En el que, por supuesto, no tendrían cabida los textos que están en verso por razones didácticas, mnemotécnicas, y no literarias (recordemos que en la enseñanza clásica muchos conceptos se aprendían de memoria gracias a este subterfugio). La poesía infantil, como digo, es un género literario como cualquier otro, y por consiguiente, como en cualquier otro género poético, el grado de «predicación»



ISIDRO FERRER, DIVERSOPOEMAS, HIPERIÓN, 1998.

que pueda contener depende exclusivamente de la pasión predicadora de cada autor, y el hecho de que esta predicación sea un elemento perfectamente cohesionado con las demás facetas de la obra, sin suturas, es también algo que depende sólo de la habilidad del autor: en principio, imaginación creadora y voluntad didáctica no tienen por qué estar reñidas, aunque todo el mundo conoce los peligros que entraña este tipo de matrimonio explosivo (muchas de las fábulas, por ejemplo, que se han escrito para niños, difícilmente admiten el calificativo de literarias).

Concentrémonos brevemente en el aspecto utilitario de la poesía infantil al que aludía hace un momento. Los parvulistas utilizan a menudo la poesía infantil tradicional para fijar ciertas ideas (las canciones de derecho infantil, por poner un ejemplo), pero éste no deja aún de ser un simple uso mercenario de la poesía. Desde el punto de vista utilitario de la educación, la poesía infantil puede

servirnos para usos mucho más nobles, desde la educación de la memoria o la educación del oído musical hasta la estimulación de las facultades menos racionales de la mente humana (la imaginación, el absurdo, lo gratuito), pasando por la educación del sentido del humor o la familiarización con los múltiples recursos expresivos de la lengua.

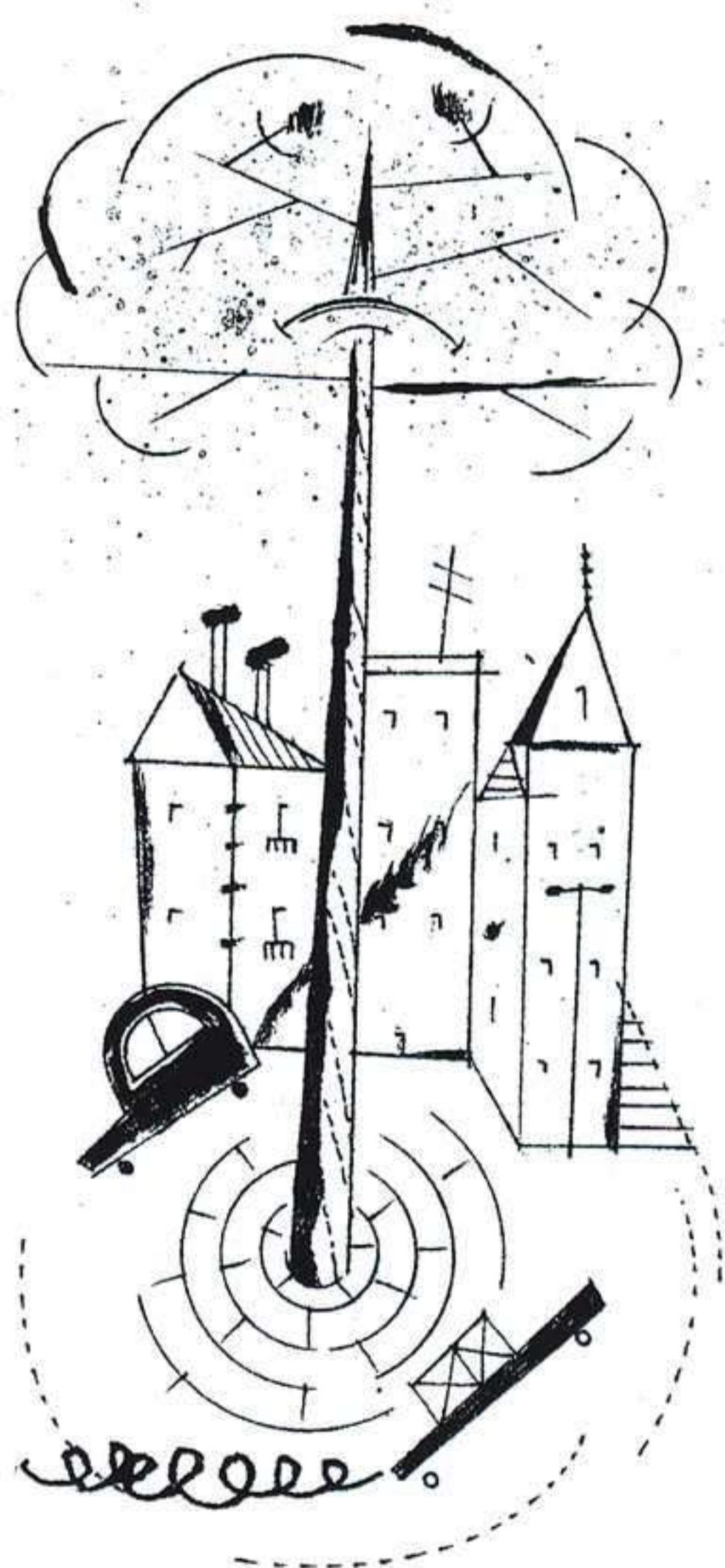
Hay un legado en el que inspirarse

Como el cuento infantil, también la poesía para niños tiene un origen tradicional muy claro, fuertemente arraigado en la canción. Para los niños, la tradición oral nos ha legado una buena cantidad de canciones específicamente infantiles, un montón de adivinanzas, un puñado de trabalenguas, una serie de fórmulas de juego, canciones mágicas, eliminativas, etc. El conjunto constituye un panorama bastante variado, y si no es

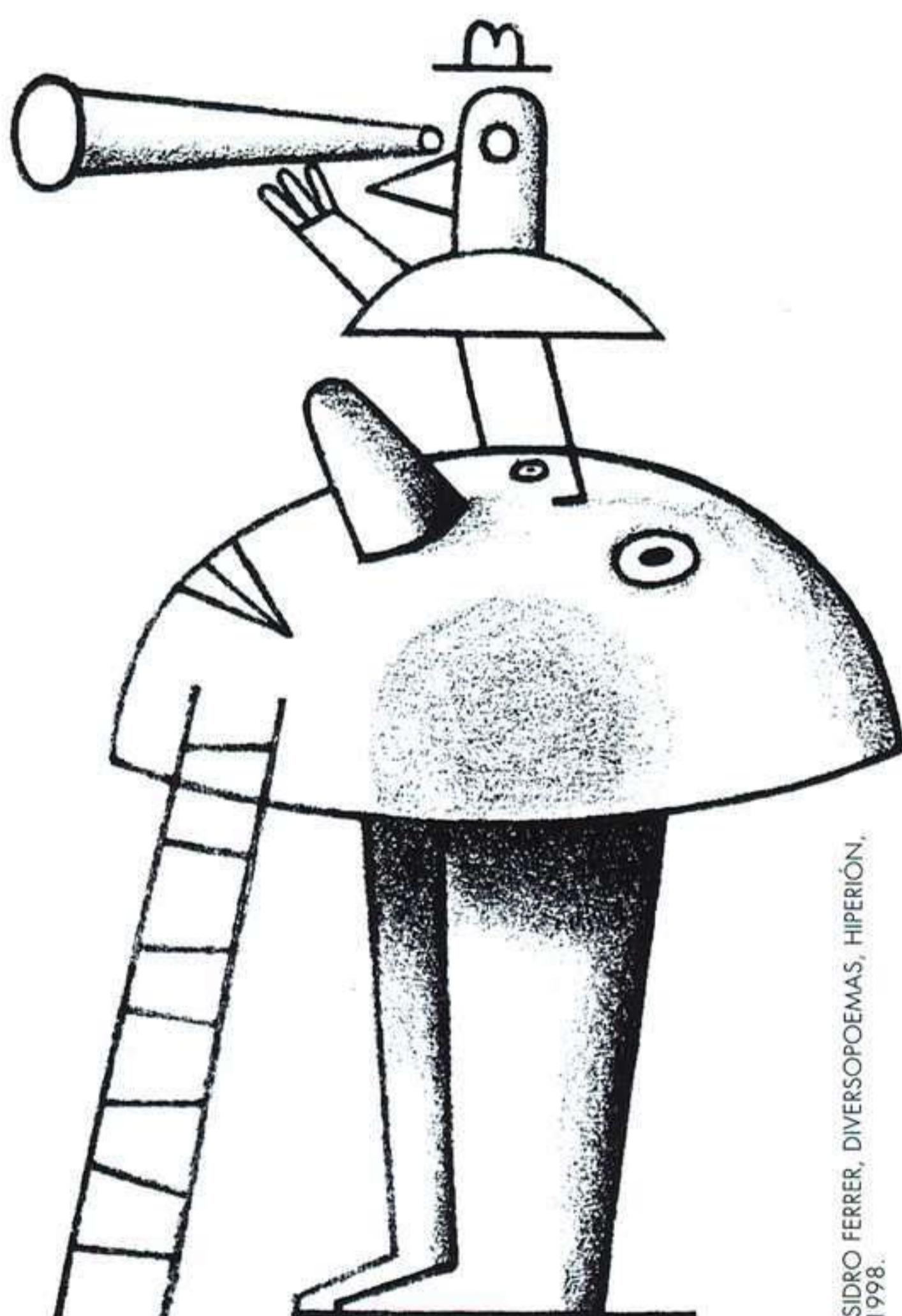
tremendamente abundante, es por lo menos un punto de partida lo suficientemente definido y amplio para que los poetas modernos lo tengan en cuenta como referencia para escribir poesía infantil moderna conectada a la tradición por hilos más o menos consistentes.

Esta tradición no sólo nos ha legado una serie de géneros, como veíamos hace un momento, sino también una forma de proceder que los escritores interesados en el género harían bien en conocer: la invención de palabras (ya sea con un contenido semántico identificable o con un simple contenido fonético, como un antiguo conjuro), los innumerables juegos con la lengua (de tipo fonético, sintáctico o semántico), los ritmos y los metros, las incursiones en el terreno de lo absurdo y gratuito, habitualmente vedado a la tradición escrita racionalista.

Una panorámica sobre todo este material nos la suministraría una ojeada atenta a cualquier colección literaria de este apartado del folclore.



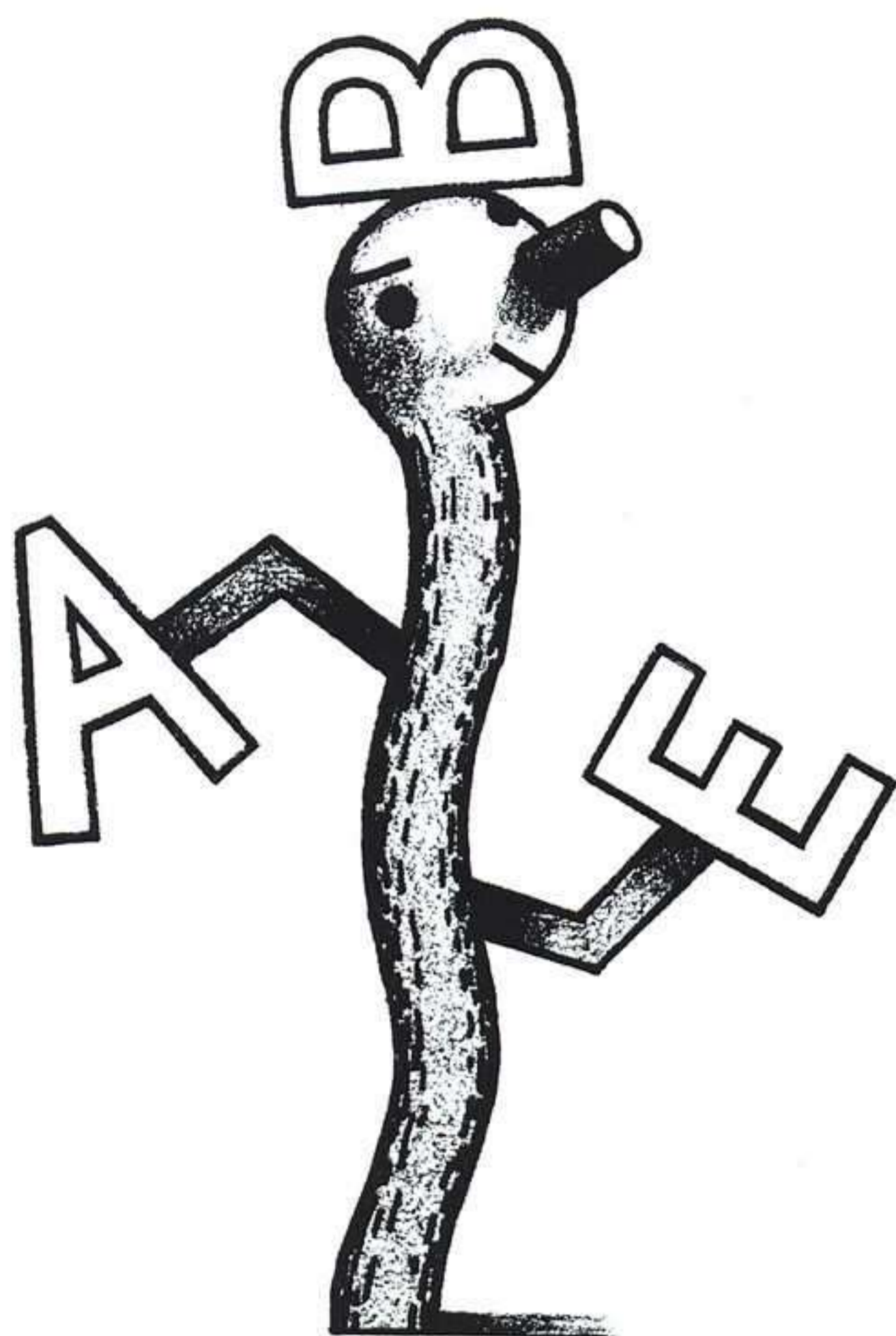
FERNANDO GÓMEZ, DISPARATARIO, HIPERIÓN, 2001.



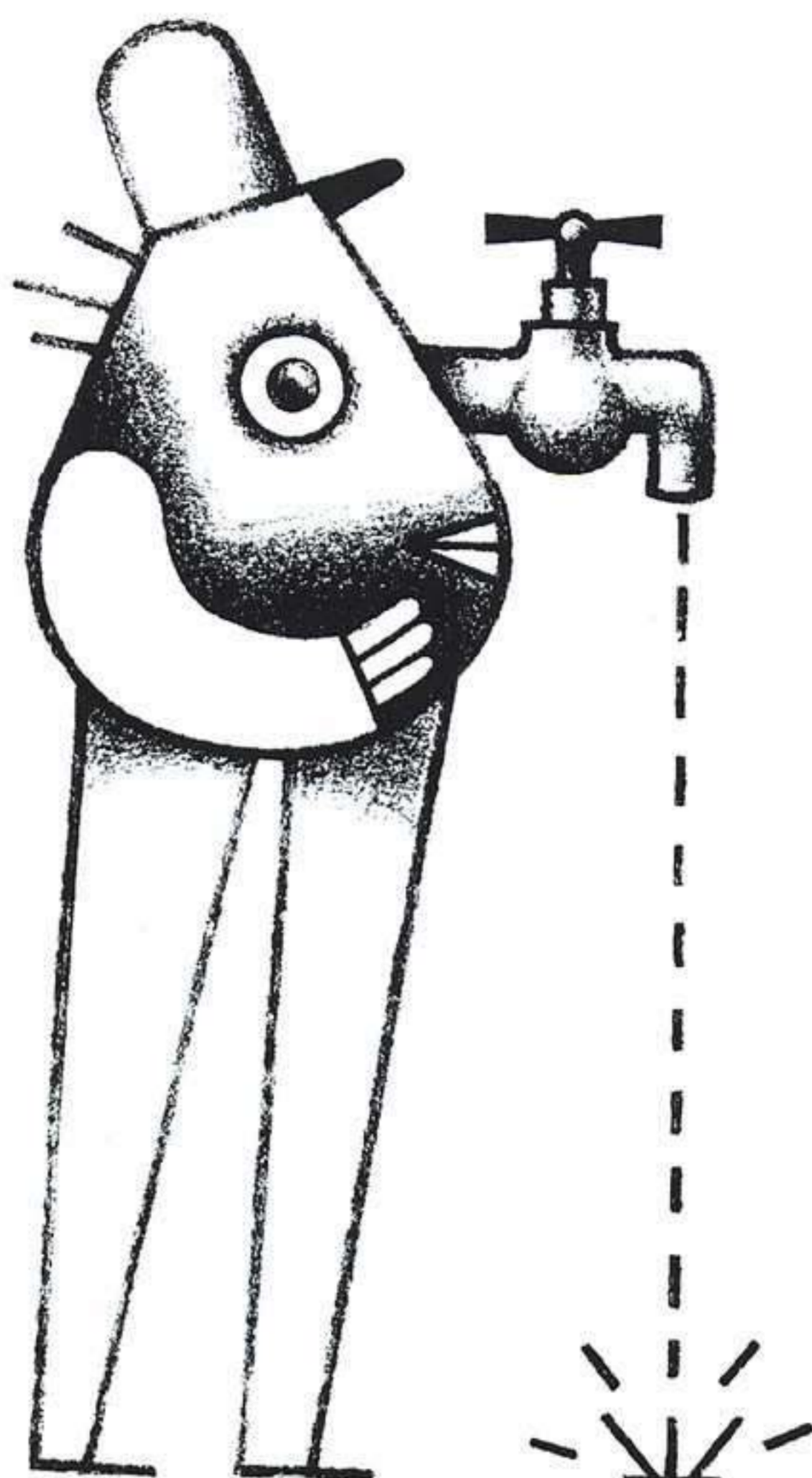
ISIDRO FERRER, DIVERSOPOEMAS, HIPERIÓN, 1998.



FERNANDO GÓMEZ, ¿QUÉ ESTÁ BIEN Y QUÉ ESTÁ MAL?, HIPERIÓN, 1999.



ISIDRO FERRER, DIVERSOPOEMAS, HIPERIÓN, 1998.



ISIDRO FERRER, DIVERSOPOEMAS, HIPERIÓN, 1998.

La tradición oral es recogida por escrito

Con la eclosión del Romanticismo, el interés culto por la tradición oral y por el mundo de la infancia estimuló por una parte la recolección científica de todo el material de transmisión oral para su conservación y estudio, y por otra el deseo de ampliar aquel universo seductor con una producción nueva que fuese su continuación. A principios del siglo diecinueve, la primera tendencia dio su fruto más celebrado en la colección de cuentos alemanes de los hermanos Grimm, y la segunda en la obra literaria del danés Andersen, que hay que considerar como el bautizo estelar de la literatura infantil. Ambos ejemplos, aunque con bastante retraso, fueron perfectamente conocidos y secundados entre nosotros. Pero, entre tanto, también la poesía había suscitado las mismas dos tendencias: los alemanes Arnim y Brentano publicaron, también a principios del siglo diecinueve, la gran colección de poesía tradicional, más o menos reelaborada a la manera románti-

ca, *Des Knaben Wunderhorn*, y, siguiendo su ejemplo, las demás culturas europeas empezaron a hacer lo mismo (la inglesa, una literatura más excéntrica, incluso se había adelantado a la alemana). Nosotros, en esta península extrema y remota, con el retraso con que nos llegó el Romanticismo, y con el retraso cultural en que nos encontrábamos, tuvimos que esperar un poco más: nuestros cancioneros más significativos datan casi todos de la primera mitad del siglo veinte.

Así como Hans Christian Andersen, pues, creó para su uso (y por consiguiente, para el de todos) una forma de cuento que derivaba del cuento popular de tradición oral, pero que llegó a ser un género autónomo, perfectamente personal y peculiar, la poesía oral también reclamaba su mesías que la trascendiera. Quizá el honorable título se lo haya merecido el inglés Edward Lear, que en el año 1846 publicó su *The Book of Nonsense*, primera muestra de su asunción de las *nursery rhymes* como estímulo de una poesía infantil nueva y personal. El

problema estaba en que, si la poesía ya es difícil de traducir por ella misma, la poesía para niños, rebotante de juegos lingüísticos y musicales, lo es más todavía, si cabe. De modo que, a diferencia de lo que había ocurrido con los cuentos de Andersen, que enseguida empezaron a circular por todo el mundo, las poesías de Edward Lear tuvieron que quedarse más o menos recluidas en los países de habla inglesa. Sólo modernamente, cuando el conocimiento del inglés se ha ido generalizando, Lear ha empezado a traspasar fronteras y a crear escuela (Gianni Rodari, en su ya clásica *Gramática de la fantasía*, dedicó todo un capítulo a la escritura de *limericks* a la manera de Lear).

La obra de Lear vino a reforzarse muy pronto con la aportación del genial Lewis Carroll, que incorporó a sus dos *Ali-cias*, y a otros de sus títulos, algunas poesías inolvidables, que siguieron una carrera internacional gracias al cuento que las envolvía y las transportaba.

El género de la poesía infantil, como género escrito, es pues de nacimiento muy reciente y de historia muy breve. Tanto es así que puede decirse sin exagerar que muchas culturas europeas, como las nuestras, no han hecho más que inaugurarlas. Sin embargo, hay otras, como las escandinavas o las eslavas, que se han enriquecido casi tanto como las anglosajonas. En el plato opuesto de la balanza, la mayoría de las literaturas románicas están comparativamente mucho más retrasadas.

Naturalmente, aunque estemos viviendo unos tiempos desverbalizantes, o quizá precisamente por eso, nunca es tarde para ponerse a trabajar en el sentido de crear para los niños una literatura poética rica, variada y de calidad. Tenemos un buen caudal tradicional y tenemos algunos buenos autores que nos han abierto el camino. Pero hasta que las primeras plumas de nuestras poesías respectivas no escriban para niños con la misma naturalidad y asiduidad con que escriben para adultos todavía nos queda un buen trecho por andar. ■

***Miquel Desclot** es poeta, narrador y traductor. El texto es un extracto de la conferencia que pronunció en el Congreso sobre Poesía Infantil-Haur Poesia organizado por la Asociación Galtzagorri en San Sebastián.